

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO  
CONCERTADO

Año IV

«Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros  
como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discipulos)

Núm. 85



## EL PRIMER DÍA

Al mismo tiempo me traerás también un cigarro puro.

Y Papalon, al quedarse solo, oyó dar la una en el reloj de la alcaldía de Bignolles. El buen hombre se frotó las manos, pensando:

A estas horas estaba yo en la plaza de Clichy.

Papalon era un pobre viejo, casi calvo, con el bigote canoso, las mejillas encendidas y la frente vulgar y arqueada. Deseaba que su mujer volviese pronto con el tarro de cognac y el cigarro. Al fin llegó la compañera del anciano, el cual saboreando el precioso líquido, exclamó:

—¡Delicioso cognac ¿Dónde lo has comprado?

—En la tienda, como de costumbre.

—¿Y el cigarro?

—En el estanco de la esquina.

—¿No quieres un trago?

—No; guardaremos lo que sobre para que te lo bebas esta tarde.

—¡Vamos, mujer! ¡Ya sabes que hoy es el primer día de mi jubilación!

La vieja accedió en seguida á los deseos de su marido y tomó un sorbo de cognac.

Papalon se asomó á la ventana, y dijo:

—Mira, mira la gente que va á su trabajo.

Después, volviéndose á su esposa, añadió con aire de triunfo:

—¡Y pensar que durante treinta años me he hallado diariamente á estas horas en la plaza Clichy!

—En cambio, ahora no tienes nada que hacer.

—¿No te parece que me convendría irme á dar un buen paseo? ¡Hace un sol tan hermoso!

—Haz lo que quieras. Lo que es yo no deseo moverme de casa.

Papalon comenzó á recorrer el boulevard, caminando con gran lentitud como un hombre á quien sobra tiempo para todo.

Detúvose para hacer un cigarrillo en medio del paseo, y luego para encenderlo junto á un kiosco de periódicos.

Llegó al fin al parque Monceau, caminando siempre con el mismo pensamiento.

—¡Estoy jubilado y no tengo nada que hacer!

Recordó las tardes de invierno en que salía á las siete y media de la oficina para dirigirse, aterido de frío, hacia su domicilio. Recordó también las tardes de verano en que, cayéndose de sueño se veía precisado á trabajar sin descanso. Y se prometía, cuando estuviese en el campo, porque con su escasa renta no podía pensar en vivir en París, dormir largas siestas, tumbado en su cama, con las cortinas corridas.

Sin embargo, no podía olvidar su antiguo despacho, en el que había pasado tantas horas. Y dijo para sus adentros:

—¡Cuánto sentirán mis compañeros que no esté yo allí!

Y se alegraba de ello interiormente.

Todo el «Crédito Otomano» repetía que no había nadie como Papalon para llevar el libro mayor. Los que le habían reemplazado durante breves enfermedades y durante sus licencias anuales, vacilaban y se equivocaban con frecuencia.

—Sí, sí, estoy seguro de que ese pobre Clevillard que me ha substituído, no debe saber en estos momentos por dónde se anda.

Indudablemente, á Papalon no le interesaba el parque Monceau.

Y por instinto tomó el camino que conducía al «Crédito Otomano.»

—Voy á pasar por delante del edificio, pensaba el infeliz jubilado.

Me limitaré á contemplar la fachada. Al encontrarse ante el establecimiento, dijo para sí:

—¿Por qué no he de entrar á saludar á los amigos?

Entró, pero como un hombre libre, á las cuatro de la tarde, con el cigarrillo en los labios.

Subió la escalera y su presencia causó general asombro.

Estrechó las manos á sus compañeros,

que formaron círculo al rededor suyo. Después llamó á la puerta del despacho de su antiguo jefe.

—¡Buenas tardes! ¿Es usted, amigo Papalon?

Los dos tratábase ya de potencia á potencia.

—Sí, señor; he venido á ver á mis antiguos camaradas.

—¡Es una atención muy delicada!

Papalon estaba orgulloso de la acogida que se le había dispensado.

A los pocos momentos se dirigió al sitio donde trabajaba Clevillard.

—¿Cómo anda eso? preguntó á su sustituto.

—Así, así.

Papalon se inclinó sobre el inmenso libro. Reconoció las cifras que con su propia mano había trazado el día anterior, y luego las que venían detrás, debidas á la pluma de Clevillard.

El jubilado no pudo ocultar la honda emoción de que se hallaba poseído.

—¡Veamos esto! exclamó después de haber dejado en una silla su bastón y su sombrero. Haga V. ahora dos sumas. Pero no en esta columna, sino aquí. Levántese V. un momento.

Y Papalon volvió á instalarse en la misma silla donde había estado sentado el día anterior.

Clevillard le mira con asombro.

—Vamos á ver; ¿qué ha escrito V. desde esta mañana?

—Ahí lo tiene V., contestó Clevillard volviendo las hojas.

Empezaba á ponerse el sol, y á las seis hubo necesidad de encender el gas. Todos los empleados habían salido ya, no quedando en la casa más que el Clevillard y Papalon.

Y el primer día de su jubilación, el hombre que en aquella época del año tenía la costumbre de abandonar su despacho á las seis ó seis y cuarto, salía de él á las siete y media y convidaba á tomar una copa de cerveza á Clevillard en un café inmediato.

ENRIQUE BACHELIN.

## CATEQUESIS

*Las instrucciones de un cura.*—Hace algunos años, un párroco de la aldea llamaba la atención por el celo admirable con que enseñaba á los fieles las verdades de la fé católica. Era de verle rodeado de multitud de niños pendientes de su palabra, siempre afable, siempre animada. Las horas trascurrieron veloces.

Una tarde, para demostrar á su auditorio cuán importante es el estudio de la religión y cuánto interés deben todos tener en oír las instrucciones de sus párrocos, se expresaba en los términos siguientes:

Un viajero que venía de lejanas tierras, llegó al principiar la noche, á la entrada de un inmenso bosque. No pudiendo detenerse ni volver atrás, se resolvió á atravesarlo, no obstante la más densa obscuridad. Mas, cuando iba á penetrar en aquellas tinieblas, se encontró con un anciano pastor á quien le suplicó que le enseñara el camino.

—¡Ah! le dijo el pastor, es muy difícil mostrarlo, porque en este bosque hay caminos que se cruzan á cada paso, todos son tortuosos, y todos menos uno van á parar á un abismo.

—¿A un abismo? preguntó el viajero.

—A un abismo que rodea todo el bosque, contestó el pastor. Y debo advertir á Ud. que este bosque no es sólo una guarida de salteadores, sino que también abundan en él las fieras y serpientes venenosas.

—¿No conoce Ud. otro camino que conduzca al punto adonde me dirijo?

—No lo hay. Este es el único. Por compasión me he situado á la entrada de esta peligrosa senda para proteger á los caminantes ayudado de mis hijos que, animados de los mismos sentimientos que yo, se hallan apostados en determinados parajes. Así, ofrezco á usted nuestros servicios, y, si gusta le acompañaremos.

El aspecto afable y bondadoso del anciano y la franqueza y candor de sus palabras inspiraron confianza al viajero, y le indujeron á aceptar la oferta. El pastor toma una luz que pone dentro de una linterna, coge el brazo de aquel y ambos penetran en el bosque.

Después de algunas horas el viajero siente que le van faltando las fuerzas.

—Apóyese en mí, le dice el pastor.

Con este auxilio, el viajero prosigue su camino; pero á poco observa con angustia que la luz sólo despide una débil claridad.

—El aceite se acaba, dice al pastor, y apagándose la luz, ¿que será de nosotros?

—No se inquiete Ud. contesta el anciano; luego encontraremos á uno de mis hijos, que pondrá más aceite en la lámpara.

En efecto, pronto se descubre el resplandor de una antorcha que ilumina una cabaña de piedra, situada á la orilla del camino. El pastor llamó; á su voz, que era allí bien conocida, la puer-

ta se abre, el fatigado viajero encuentra un asierro y algunos sencillos alimentos con que repara sus perdidas fuerzas, y despues de un rato de descanso, emprende nuevamente su camino, acompañado del anciano.

De trecho en trecho, el viajero llega á otras cabañas y percibe nuevos auxilios, y de este modo anda toda la noche.

Los primeros albores de la aurora comenzaban á iluminar el horizonte, cuando arribó sano y salvo al otro lado del bosque. Entonces comprendió toda la importancia del bien que el pastor y sus hijos le habían hecho, pues se encontró frente á frente de un abismo espantoso, dentro del cual resonaba un torrente.

—Hé ahí, le dice el gufa, el abismo de que á usted hablaba mi padre; su profundidad nadie puede medirla, porque está siempre cubierto de espesos vapores, impenetrables á la vista.

Al decir estas palabras, exhala un suspiro y enjuga con su mano dos gruesas lágrimas que corren por sus mejillas.

—¿Por qué llora Ud.? le pregunta el viajero.

—Lloro, ¡ay! porque contemplo la multitud de infelices que caen todos los días en ese abismo. A pesar de que mi padre, mis hermanos y yo les ofrecemos auxilio, pocos son los que lo aceptan, y muchos, los más, son los que, despues de haber andado algunas horas con nosotros, se quejan y nos desprecian, diciendo que los engañamos, que les inspiramos vanos temores y nos dejan. Pero luego pierden el camino y perecen sin remedio, devorados por las fieras y serpientes, asesinados por los salteadores ó sepultados en este abismo. Porque para atravesarlo no hay más que este puente, tan pequeño que aquí se ve, y solo nosotros sabemos el camino que conduce á él. Páselo con confianza, añadió, volviéndose al viajero y abrazándole con ternura. En la otra parte, ya es día claro, allí está la patria de Ud.

El viajero, lleno de reconocimiento, dió gracias á su caritativo conductor, y adelantándose con paso rápido, atraviesa el puente. Al cabo de algunas horas descansa deliciosamente en el seno de su familia.»

Esta anécdota (continuaba el buen cura) debe poner en evidencia cuánta es la necesidad de escuchar con docilidad las instrucciones de los sacerdotes que os enseñan la religión. Sois viajeros que venís de un país lejano. Este bosque de que os he hablado, es el mundo y la vida por donde debéis pasar. Los salteadores son los enemigos de vuestra salvación. Las fieras y serpientes que tantos estragos hacen son las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne. Los senderos que cruzan el bosque en todas direcciones son los caminos, por desgracia tan comunes, que llevan á la perdición eterna; y la única senda que conduce al puente es el camino del cielo.

Ese pastor caritativo que está á la

entrada del bosque y que ofrece su brazo y su lámpara, ya conocéis que es Jesucristo, el Pastor divino que bajó del cielo para socorrer y alumbrar á todo hombre que viene á este mundo. Los hijos que ayudan al bondadoso anciano son los sacerdotes, que como Él, se consagran á la custodia y dirección del hombre, peregrino en la tierra. La lámpara encendida, que lleva en la mano el pastor y sus hijos, es la fé, preciosa antorcha que ilumina los caminos oscuros y tenebrosos. ¿Tendré necesidad de decirles quiénes son esos hombres dóciles á los consejos del sabio pastor y los imprudentes que rechazan sus consejos y su luz?...

Durante el viaje les faltó el aceite, y la lámpara estuvo á punto de apagarse. Esta circunstancia de mi anécdota es la más importante y exige que acerca de ella os haga alguna explicación.

Cuando érais niños, vuestros padres ó el sacerdote os instruyeron en las principales verdades de la religión, os dieron á conocer á Dios, sus atributos, la espiritualidad é inmortalidad del alma, los premios y castigos eternos; os hicieron amar al Salvador del mundo y recibisteis algunas nociones acerca de los sacramentos de la Iglesia. Pero bien lo veis, esto, con ser muy poca cosa, difícilmente se alcanza á comprender en la niñez. La ligereza de la edad, el tiempo y la disipación hacen también que esas verdades se olviden. Y aun cuando las recordáseis, ¿no hay mucho más que conocer en la religión? Hay en ella verdades muy importantes que ignorais completamente. Y con tan escasos conocimientos, en la mas necesaria de todas las ciencias, los atreveríais á caminar tranquilos por el desierto de la vida?...

Necesitáis, pues, para conservar encendida vuestra lámpara, asistir á las instrucciones de vuestros párrocos, frecuentar los sacramentos, elevar vuestro corazón á Dios, particularmente al pie del altar. Así nunca os faltará la luz indispensable en el camino de la vida.

### ¡162.500!!

Estos han sido los números de EL AMIGO DEL POBRE distribuidos por nosotros en el año que acaba de terminar. 72.000 fueron en 1906 y 96.000 en 1907, ¿Vamos ó no vamos progresando? y todo esto supone un aumento de gastos considerable y para este aumento hubo dinero porque nuestros favorecedores ni nos retienen ni nos escatiman su protección, ¡qué agradecidos les estamos! Dios se lo pague. Ah! si ellos pudieran darse cuenta exacta del bien á que contribuyen con la publicación de este papelito! Algunos que lo han visto, entusiasmados, nos han favorecido con donativos extraordinarios, otros con mas suscripciones y nosotros cada vez deseando mas propaganda, mucha propaganda porque nos duele en el alma

ver los estragos que con sus campañas asalariaas, con sus calumnias infames, con sus errores monstruosos va causando en el pueblo esa otra prensa que así ha prostituido la noble misión del periódico.

Ved ahora, queridos suscriptores, para vuestra satisfacción y nuestra la forma en que fueron distribuidos durante el año 1908, los 162.500 números de EL AMIGO DEL POBRE.

A los señores suscriptores de la localidad y de fuera.....	92.000
Distribuidos por la calle, en Gijón.....	23.000
Distribuidos por las calles, en Zaragoza cuando la Asamblea de la Buena Prensa...	500
A Industrias y Sociedades obreras (por suscripción)...	24.000
Escuelas de adultos y Catecismos.....	6.500
Hospitales.....	2.600
Cocinas Económicas.....	1.400
Conferencias de San Vicente de Paúl.....	6.600
Cárceles y Presidios.....	5.600
Para las colecciones.....	300
<b>Total.....</b>	<b>162.500</b>

A lo expuesto nada más nos queda que añadir sino es el mostrar nuevamente nuestro agradecimiento á cuantos nos vienen favoreciendo con su dinero é influencia para que EL AMIGO DEL POBRE se difunda lo más posible; gracias, pues, á ellos es bastante conocido y apreciado.

A los nuevos suscriptores (I) á los que han respondido favorablemente á nuestras circulares de ahora, gracias también y que bienvenidos sean entre nosotros como cooperadores de una obra tan indispensable en los presentes tiempos: *la Buena Prensa*.

(I) Estos han sido tantos y de tal calidad que la tirada de «El Amigo del Pobre» asciende ya á 6.000 números decenales.

### ¡Oh santa inocencia!

El niño Gustavo nos ha remitido una carta preguntándonos cómo se llama y dónde vive el compañero de Juanito, el de la *charla* de nuestro número anterior, para que, conociéndolo, nos dice con sencilla ingenuidad, «no me junte yo con él nunca ni se junte ninguno de mis amigos, por malo y por chupón.»

¡Ay, amigo Gustavo! Seguramente que si te fijas un poco en el modo de hablar y de proceder de algunos de tus compañeros de colegio y de juegos encontrarás bastante semejanza con el *amigo* de Juanito.

Nosotros vemos muchas veces por esas calles niños que por su manera de hablar glicenciosa y blasfema y por sus actos, impropios del candor, de la sencillez de la infancia, ponen espanto en nuestros corazones, haciéndonos temer para lo porvenir.

Junto á tí, niño bueno, verás á otros niños, mejor ó peor vestidos, pero hablando descaradamente de todo y contra todo lo mas santo, incitándose al vicio del cigarro que

mata la salud y á otros vicios peores; al insulto contra el sacerdote, el anciano y el impedido; á la falta al colegio para ir de travesuras; tú, en fuerza de oír y ver estas cosas irás sin darte cuenta habituando á tales peligros. ¡Dios quiera que no perezcas en ellos! ¡Y los padres de estas criaturas bien ajenos del mal que se les avecina, por verlas delante de ellos como humildes *tórtolas*!

Si el caso del *amigo* de Juanito te ha indignado, toma lección de él y guárdate muy mucho de esas malas compañías, que traen siempre fatales resultados.

Un mal amigo puede destruir en un momento, años y años de educación religiosa. *Dime con quien andas te diré qu'én eres. Quien con lobos anda á aullar se enseña.*

Que otro niño te aconseja mal, que dice palabras atrevidas, inmorales, ofensivas á Dios, apártate de él; no quieras su trato, pues empezando por acosumbrarte á sus cosas luego incurrirás tú en ellas, y serás desgraciado.

Acompáñate siempre de niños de buenas costumbres, de los que son respetuosos con sus padres, con sus profesores, con cualquiera superior en edad, saber y gobierno, estos sabrán conducirte por el camino de la felicidad.

Por nada ni por nadie transijas como Juanito y no llorarás desconsolado como él. Si te impresionó su desengaño aprovechate de él para vivir como Dios quiere que vivamos.

### ¡Paso al mérito!

A propósito de la recepción en la Real Academia Española del por todos conceptos ilustre Jesuita P. Luis Coloma, tanto los periódicos de la *izquierda* como los de la *derecha* vienen *rendidos á la evidencia* reconociéndole su gran valía.

Ved cómo nuestros periódicos, dirán los sectarios, saben reconocer y proclamar el mérito donde quiera que se encuentre.

No es así; testigo la historia parcial, rastrera, calumniosa, de esos mismos periódicos. Lo que sucede ahora es que ir contra el sentir general respecto de lo que vale y sabe el P. Coloma sería desentonar demasiado y esto no les conviene á esos negociantes de la pluma, *el negocio ante todo*.

Pero no es solo en España donde brillan las indiscutibles dotes del Padre Coloma; su fama pasa al extranjero, no así la de esas *glorias* que un día y otro se empeñan, con tesón ridículo, en hacérselas pasar por buenas los periódicos mas ó menos liberales.

Vaya, por vía de prueba, la siguiente nota que copiamos de una correspondencia de París publicada no hace mucho tiempo:

*Doña Perfecta*, de Galdós, fué publicada hace diez años en París y de los mil ejemplares de la primera edición aún quedan novecientos en las cuevas de los librereros.

*Valera* tuvo la suerte de que «Le Journal des Debats» publicase en folletín

un extracto de su *Pepita Jimenez*, extracto que nunca apareció en Volúmen por falta de editor. «El Comendador Mendoza» fué traducido y publicado mas tarde, sin éxito ninguno.

Doña Emilia Pardo Bazán: Saviné *arregló* al francés su libro de crítica: *La Cuestión Palpitante*. Hoy, en casa de los bouquinistas de los muelles, ese libro se vende á dos reales, intacto aún.

Menos éxito tuvo *La Regenta* de Alas, que traducida al francés desde hace tiempo, no ha sido aun publicada porque ningun editor la ha aceptado.

Las *Pequeñeces* del P. Coloma, reducidas á la 3.<sup>a</sup> parte del original, por Marcel Prevost han sido el único *succés* que literariamente ha tenido España en Francia.»

### Cuestiones de siempre

—No hay que darle vueltas, D. Filoteo. La Iglesia maldita la falta que nos hace. Si algo hace, se reduce á formar frailes y monjas, curas y beatos que no van á ninguna parte. En cambio, la sociedad necesita que se resuelvan todos esos problemas que son la vida ó muerte para los pueblos y naciones.

—Pues, hombre: ¿qué haces tú, y qué hacen los tuyos que no poneis manos á la obra, y resolvéis esos problemas? Vosotros no sois católicos, no sois de esos que, según dices tú, no van á ninguna parte. Sois de los espíritus fuertes, sois de los ilustrados, sois los hijos de las luces; y siendo esto así, ¿quién os impide resolver esos problemas, y traer nos á carros la felicidad? Porque si fueseis curas, ó frailes, ó beatos, no iriais á decir que tenais las manos atadas, que os era imposible dar un paso, pero no siéndolo, yo no sé en que pensáis, y porqué pasáis tanto tiempo tocando el violón.

—No es eso, D. Filoteo. Toda esa gente beata, ¿qué pinta en el mundo? Con hacerse apuntar en los libros de las cofradías de las parroquias, ya creen tenerlo hecho todo.

—Mas vale figurar en las listas de las cofradías, que en las carteras de la policía, ó de la Guardia civil, ó en los libros de registro de los presidios. Y bien sabes tú que los tuyos son los que figuran á millares en estas carteras y en estos libros. Serán percances del libre-pensamiento; pero el hecho es ese.

—No saque usted la cuestión de su sitio, D. Filoteo, y convénzase usted que la sociedad nada gana con esa gente de sotana y escapularios.

—En cambio, con vosotros, los del libre-pensamiento, la sociedad se puede permitir el lujo de tener mucha guardia civil, mucha policía y muchas cárceles y presidios, y hasta aumentar el número de plazas de verdugos. Váyase lo uno por lo otro.

—Aráñeme usted todo lo que quiera, pero lo cierto es que las fuentes de la riqueza nacional no se multiplican ni fomentan con golpes de pecho...

—No te apures por eso. Ahí estáis vosotros los anticlericales, que si no inventais la pólvora, nadie negará que daréis un gran empuje á la agricultura, porque con vuestras teorías os vais poco á poco, y aun mucho á mucho, despojando de todo lo que tenéis de racionales, quedando solamente lo que os corresponde de animales; con lo que dareis lugar á que los agricultores se dediquen con preferencia al cultivo de la cebada, para que el día de mañana no os falte alimento adecuado con que matar el hambre.

—Estas no son razones, D. Filoteo. Vengan los hechos. ¿Qué hace en el mundo toda esa caterva de curas, frailes, monjas y beatos?

—Bien mirado, casi nada. Ponerse, solo por amor de Dios y del prójimo, al frente de los asilos, hospitales y demás casas de beneficencia, y pasar malos días y peores noches al lado de los enfermos, pobres desvalidos y de todos esos infelices á quienes nuestra sociedad vuelve la espalda. Quitarse de la boca el alimento, para dárselo á ellos: ir de puerta en puerta pidiendo limosna para esos desgraciados; hacer con ellos tales obras de caridad, que aun sus propias madres no las harían; sepultarse en los bosques de las más apartadas regiones del globo para proporcionar alimento espiritual y corporal á tantos desgraciados como gimen bajo el peso de la miseria y del infortunio. En fin, bien mirado no hacen nada, ó casi nada. Vosotros lo entendéis mejor. Hablais mucho de filantropía, y os pasáis los días y las noches en la taberna, ó en el casino, ó en banquetes y comilonas, mientras que al lado de los pobres y de los enfermos que sufren en los hospitales no se ve mas que al cura, al fraile ó á la monja, es decir, clericales, gente de sotana, que por verdadero amor al prójimo se expone á todos los contagios y epidemias con inminente peligro de perder la vida. Nada: que son unos tontos. ¡Vosotros sois los verdaderos amantes de la humanidad. Vuestra tabernita, vuestro casinito, y vuestra filantropía; insultar, escarnecer y calumniar al que no piensa como vosotros, y ¡viva la libertad! y ¡abajo el clericalismo! ¿Qué te parece?

—Nada. Que usted se ha empeñado en burlarse de mí.

—No sé. Pero lo cierto es, que hasta ahora sólo me he concretado á referirte algunos hechos, así, en términos generales.

—Sí, señor. Pero no me contesta usted á lo principal.

—¿Y qué es lo principal?

—Que la Iglesia no nos hace falta para nada.

—Pues si á tí no te hace falta, déjala en paz; tú sigue tu camino, y deja que los demás sigan el suyo. Pero dime: tú comprenderás que es de absoluta necesidad que los hombres todos sean buenos y honrados ciudadanos; que los hijos amen, reverencien y obedezcan á sus padres; que estos cumplan á conciencia los deberes que tienen para con sus hijos;

que los hombres aborrezcan la mentira, el dolo, el fraude, que se amen como hermanos; que se respeten los derechos de los demás; que se observe fidelidad en los contratos, en fin que no queramos para los demás lo que no queramos para nosotros. ¿No te parece bien?

—Sí señor. Eso se cae de su peso.

—Pues todo eso, y aun mucho más enseña esa Iglesia que tú dices que no hace falta para nada.

—Eso ya lo sé yo. Pero la cuestión es que no se observa.

—Pero... pedazo de... ¿y qué tiene que ver una cosa con otra? Si no se observa, la culpa no es de la Iglesia. Será de los que no quieren guardar, ó practicar sus divinas enseñanzas. Será de los que habiéndose educado en su seno, como tú y muchísimos de los tuyos, han desertado de sus filas, y la aborrecen y calumnian, sin otra razón que el odio sectario. Y desengáñate, que á pesar de vuestros desplantes, jamás podréis presentar una institución que tenga, aun bajo un aspecto puramente humano considerada, tanta importancia social como la Iglesia. No sé cómo no os morís de vergüenza al considerar que sois incapaces de formar un corazón medianamente educado, y en cambio combatís á sangre y fuego á una institución que, como la Iglesia, enseña una doctrina que es la única fuente de virtud y de honradez.

(«Lectura para todos»)

## Sección Recreativa

Buen año nos de Dios á todos, queridos suscriptores y lectores, y ahora volvamos á la tarea

Con una *charadita* en prosa ¿verdad? Vamos allá, pues:

—¡Pero hombre! ¿Cómo es posible? ¿Dice V. que el *total* tiene *prima, segunda, tercera y cuarta* y su nombre sólo se compone de tres sílabas? ¿Es que me engaña V. ó qué?

—No, señor; con toda formalidad se lo aseguro; fíjese V. bien; el *total* tiene tres sílabas, y sin embargo tiene *prima, segunda, etc.*

—Pues no caigo.

—Si fuese V. músico...

—¿Caería?

—No, pero daría mas pronto en el quid...

☺

Vaya ahora un versito de J. E. Hartzbusch, para que descansa la imaginación trabajada con la *charadita* anterior.

### EL PERAL

A un peral una piedra  
tiró un muchacho  
y una pera esquisita  
soltóle el arbol.  
Las almas nobles  
por el mal que las hacen,  
vuelven favores.

☺

No vendrá mal otro consejito de *Catalán el anciano*:

«No hacen lo nada es como se aprende á hacer mal.»

Tomen nota los perezosos y holgazanes.

☺

Castigo á los curiosos:

Existe un medio muy sencillo y práctico para saber si una carta ha sido abierta. Consiste en escribir la dirección en la parte donde cierra el sobre. Si el indiscreto pone éste al vapor de agua ó pasa un pincel por los bordes, mojará necesariamente las letras y por consiguiente manchará la parte de papel que contiene la dirección.

A fin de que los empleados de correos al ver el sobre en blanco en la parte que se acostumbra á poner las señas no dejen la carta por despachar, es conveniente escribir en dicha parte estas palabras: «Véase al dorso» y poner el sello donde está la dirección.

☺

Para terminar hoy esta sección puesto que el espacio es reducido, digamos algo á los mal orgullosos de sus ascendientes:

Deseando Francisco I elevar á una de las primeras dignidades de la Iglesia á cierta personalidad muy distinguida por su saber y virtud tuvo la curiosidad de saber si era noble por su origen.

—Señor, contestó el abad, en el arca de Noé había tres hermanos, y, á la verdad, ignoro de cuál de los tres desciendo.

Tomen tlla ahora, los que les repugna creer que todos somos hermanos y que, como tales, todos debemos protegernos y aarnos. Nada mas por hoy.

☺

¡Caramba, se me olvidaban las soluciones del número anterior!

A la fuga de consonantes:

Cu-cu-ru-cho

A la charada: P...ra.

### Correspondencia Administrativa

Sr. D. M. C. —Oña. —Anotada su suscripción y recibido importe.

Sr. G. C. —Oviedo. —Pagado hasta fin de Diciembre pasado.

Sr. D. T. C. —Santa Ana. —Pagado hasta id. id. id.

Sra. D. T. P. —Santa Ana. —Pagado hasta id. id. id.

Sr. D. D. M. —Sanzoles. —Abonada su suscripción por todo el año de 1909.

Sr. D. M. P. —P. de Cadavedo. —Tomada nota de su suscripción que pagó por el año actual.

## EL AMIGO DEL POBRE

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

### OBSERVACIONES

Los encargos y suscripciones de la localidad, en esta imprenta, Cabrales, 1 y en el comercio «La Época» San Bernardo, 38 y 40.

La correspondencia de provincias al Director de «El Amigo del Pobre», Gijón.

Los pagos de fuera de la localidad, que han de ser adelantados, pueden hacerse en letra del Giro Móvil ó en sellos de 0,15 de peseta y de 0,25.